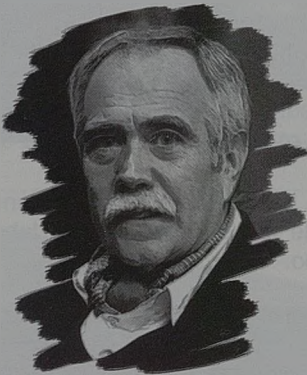


Siempre me ganó al mus

ANTONIO PÉREZ HENARES



Era el mejor porque era mejor. Era el mejor periodista porque era la mejor persona. Desde luego mejor que yo, que lo supe siempre y me aproveché de ello, aunque más debiera haberlo hecho en ambas cosas. Lo supe como lo sabíamos muchos de sus amigos y no dispute tal condición, ni en periodismo ni en vida, pero si me atreví a hacerlo en una tercera, el mus. Con un resultado penoso para mi vanidad: no conseguí ganarle nunca. Ni una partida completa, aunque en una de las últimas oportunidades en unión de Javier Reverte, hubiera de encomendarse a "santa" Rebeca de Mornay, una de sus deidades favoritas, para conseguir levantarnos un resultado que parecía decidido a nuestro favor. No me queda otra, y como último homenaje, pues esto es muy duro de confesar, que le hubiera complacido más que cualquier otro elogio, que al mus me ganó siempre.

Lo conocí cuando ya había estado en cincuenta guerras, dado y contado un par de vueltas al mundo y escrito 30 libros mientras que yo andaba tirando por lo alto en aprendiz de plumilla y de juntaletras literarias y Miguel de la Quadra, al que quiso y admiraba sin reservas, me dejaba ir con el de viaje. Manu me aceptaba a su lado como igual, me dio la posibilidad de escribir mis primeras columnas en su agencia y hasta pasando los años hasta fuimos socios de un periódico local que nos acabó, como siempre pasa cuando los periodistas nos metemos a alcuceros, a ambos, los cuartos. No mucho pero eso es según se mira y para nuestro pecunio fue un mordisco doloroso.

La razón de nuestro encuentro fue la Alcarria, nuestra Alcarria, porque si era mía por nacimiento fue suya por entrega, que al fin y al cabo era vasco, de Arruaza, pegadito a Guernica, o sea no lejos de Bilbao y ya se sabe que estos nacen y pacen donde les da la gana. El optó por Guadalajara y se afincó en El Cañizar, dando vista al valle del Badiel desde su finca de La Mata, en la ladera, y al pezón perfecto sobre la carne terrenal que es Hita. La gente alcarreña, que tan bien comprendió, y como es costumbre en mi paisanaje, lo miró al principio con reserva y luego le abrió corazón y casa. Fundó en el pueblo algo: un campeonato ...de mus, por supuesto.

Luego, ya avisando la salud, dejó aquel paraje solitario y se mercó una maravillosa casa en Brihuega, de "cuando lo moros, lo menos" que es cuando queremos decir que algo es pero que muy antiguo. En este caso casi parte de la muralla medieval y donde tuvo sede la Escuela de Gramáticos y un amor platónico de Juan Ramón Jiménez casada con un príncipe no se si austrohúngaro o algo así y que no le hizo en cuanto al asunto corporativo el más mínimo caso al poeta. A Manu le gustaba reírse contando estas cosas y sacándole el jugo a la vida. Que se lo sacó siempre y hasta en los peores momentos, cuando al hombre que se había caminado la tierra entera no le sujetaron las piernas. Y si quieren hacerle un homenaje léanse su libro, su testimonio, que no testamento, vital, el mejor a mi gusto entre los muchos buenos, "La felicidad de la tierra" y entenderán, mucho mejor que con mi palabras, lo que les digo y como era y amaba y se hacía amar por la vida, por las gentes y hasta por los gatos. Aunque como escribió: "El verdadero dueño de la casa es el gato, nosotros nos limitamos a pagar el alquiler". Lo digo de memoria, que a lo mejor no es textual, pero es exacto.

Se nos ha muerto y como cuando le dieron hace unos años muchos premios, se producirá una tregua en la guerra de trincheras y odios cainitas y miserables que emponzoñan más que nunca la prensa. Le gustaría porque el jefe de "La tribu", el corresponsal de guerra, el maestro de reporteros, amaba la paz por encima de cualquier cosa aunque no a cualquier precio. En vida ya no hubo quien hablara mal de Manu así que no va a haberlo en esta la hora de las alabanzas que diría mi abuelo. Ni que se le ocurra.

Pero hoy a mí, amén de por su muerte, me corroe una amargura. No fui a verlo este verano. No me atreví a hacerlo como el otro en que le llevé unos cangrejos de río para que nos preparara Jesús, el de Morillejo. No me atreví porque ya la vez anterior me había gangrenado la pena por su estado pero hoy el no haberlo hecho es un "deje a pares" que me corroe el alma. Y ya no puedo pedirle perdón, que me hubiera otorgado antes de empezar a abrir la boca.

Manu Leguineche fue ante todo y sobre todo un reportero, de esa casta cada vez más en peligro de extinción, de ir, verlo y contarlo...y dar voz a los que no la tienen. De esos que como dijo, no sé si fue su amigo Kapucinki o incluso pudo ser el mismo, cuando le preguntaron en medio del infierno de Vietnam si creía en Dios contestó: "Soy reportero y Dios solo existe para los que escriben editoriales". Lo que sea o lo que no sea, que por lo menos una cosa sepa: Jugar al mus. Y que tenga cuidado porque, aunque le condene al infierno, puede Manu que le eche un órdago a Dios... y se lo gane.